



El Padre Etchecopar, un hombre del Amor

P. Gaspar Fernández Pérez scj

Introducción: Inmersos en un movimiento de amor

“Pero la más grande es el Amor” (1Cor.13, 13). La virtud cristiana de la Caridad consiste en vivir en el amor que es un don de Dios. Todo empieza como un don de Dios al crearnos y después, en una experiencia de encuentro con la Persona de Jesús, que es experiencia del amor que Dios nos comunica en la vida de su Hijo, el Verbo Encarnado. *Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él. Dios es amor, y el que permanece en el amor permanece en Dios, y Dios permanece en él (1Jn 4, 16).* Ese amor consiste en comunicación *“del amante al amado de lo que tiene o puede; y así por el contrario el amado al amante” [EE 231].* Experimentamos el amor de Dios por todos los dones, favores y beneficios que nos otorga en la vida diaria, que nos dan la oportunidad de *“descubrir su Presencia, escuchar su Palabra y acoger su Amor” (RdeV. 71).*

Este amor exige de nosotros una respuesta generosa, no a su medida, sino a la nuestra, desde nuestra pobreza y fragilidad. No podemos darle nada que no hayamos recibido de él. Pero lo amamos cuando respondemos a eso que nos ha dado y, haciendo su voluntad, vamos respondiendo a todos los desafíos de la vida con apertura, aceptando que nos incomoden.

“Escucha, Israel, el Señor nuestro Dios es solamente uno. Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas. Las palabras que hoy te digo quedarán en tu memoria, y hablarás de ellas estando en casa y yendo de camino, acostado y levantado” (Dt 6, 4-7).

Nuestro amor no se manifiesta sólo en la oración sino también, cuando en todas las situaciones y relaciones de nuestra vida, nos mantenemos *“en una actitud de adoración, de alabanza y de ofrenda, pero además, de búsqueda de las intenciones y los deseos del Padre”* (cf. RdeV 74).

La virtud de la caridad tiene tres movimientos:

1. Dios tiene la iniciativa de amarnos al crearnos, al buscarnos para el encuentro y en todos los favores que nos hace, buscando nuestro bien integral. Es el amor de Dios.
2. Cada hombre que lo ha encontrado y se ha beneficiado de su amor le responde con un amor que consiste en vivir haciendo su voluntad: reconociéndolo como Creador y Señor, adorándolo, alabándolo y ofreciéndole todo lo que es, sabe, tiene y puede. Es el amor a Dios.
3. La autenticidad del amor a Dios pasa por el amor verdadero al prójimo. Es el amor al hermano, *“todo hombre es mi hermano”* porque es Hijo de Dios como yo. *“En esto hemos conocido el amor: en que él entregó su vida por nosotros. Por eso, también nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos. Si alguien vive en la abundancia, y viendo a su hermano en la necesidad, le cierra su corazón, ¿cómo permanecerá en él el amor de Dios? Hijitos míos, no amemos solamente con la lengua y de palabra, sino con obras y de verdad”* (1 Jn 3, 16-18).

Estas tres dimensiones del amor – Amor de Dios, amor a Dios y amor al hermano porque, como yo, es Hijo de Dios –, las encontramos en los escritos y en la vida del P. Etchecopar.

I. El P. Etchecopar bebe en la fuente del Amor del P. Garicoits

1. La doble ley del amor y de la obediencia

El Padre Etchecopar ha heredado del P. Garicoits la espiritualidad del amor. El P. Garicoits nos habla de dos leyes: la del amor y la de la obediencia que siempre van juntas. Es como un desglose de la ley evangélica: en su dimensión interior, la del amor; en su dimensión exterior, la de la obediencia. El amor y la obediencia son elementos fundamentales del talante betharramita. El amor se expresa en la obediencia y la obediencia tiene que ser *“por amor más que por cualquier otro motivo”*. El P. Etchecopar cita estos tres textos del P. Garicoits, que son el fundamento de toda su reflexión sobre el Amor:

En la carta del P. Etchecopar a los padres y hermanos de América, de Beth. 4/12/1881, les transcribe en su totalidad dos cartas, una de ellas es la que figura en *Correspondencia SMG*, II, c. 293. Al P. Etchecopar le parece que esta carta contiene elementos muy importantes del Carisma, como parecería por el tono que el P. Garicoits le da a la misma al decir que este punto 1º se repite en el 2º, 3º y en el 100º, como afirmando que la vida cristiana consiste en eso. En ella el P. Garicoits pide como dar tres pasos: **despojo de sí mismo, abandono en las leyes del amor y de la obediencia, a ejemplo de nuestro Señor, sorteando todo tipo de dificultades**. Es una de las maneras de explicar el proceso de seguimiento que pide Jesús en el Evangelio: Entonces Jesús, llamando a la multitud, junto con sus discípulos, les dijo: *“El que quiera venir detrás de mí, **que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga**. Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí y por la Buena Noticia, la salvará”* (Mc, 8, 34-35). El P. Garicoits dice que tanto en la renuncia como en las dos leyes del amor y de la obediencia es donde se da la imitación o seguimiento de Cristo, porque él mismo las vivió así. Es un talante pascual de muerte y resurrección que el mismo Jesús vivió toda su vida. Y el P. Garicoits nos aporta dos citas para darle fuerza a su argumento: **“El**

Espíritu del Señor está sobre mí...” (Lc 4/18) y ***“Se anonadó y se hizo obediente...”*** (Ph. 2, 7-8).

“Al principio de este nuevo año, siento cada vez más la necesidad de recomendarle que insista con sus profesores en los puntos siguientes:

1° En el fundamento sólido de la renuncia a sí mismo y del progreso en la virtud, que debe preceder y acompañar tanto el estudio de las letras y la manera de emplearlas como su uso.

Sin este fundamento, con toda la erudición y los títulos posibles, sólo se podrá producir un vano esplendor..., ruinas.

*No puede ser de otra manera. **Dios de quien procede todo bien, pide instrumentos despojados de todo, sobre todo de sí mismos, y totalmente abandonados de corazón a la acción del Espíritu Santo, a la ley de amor y de caridad, que acostumbra grabar en él, y a la gran ley de la obediencia, a ejemplo de nuestro Señor en estos dos aspectos: Spiritus Domini super me, propter quod unxit me [el Espíritu del Señor está sobre mi, por lo cual me ha ungido] (Lc 4,18); Se anonadó y se hizo obediente hasta la muerte de la cruz (Fil 2,7-8); lo que resume esta sola palabra: Aquí estoy.***

*So pena de renegar de nuestra profesión de Sacerdotes Auxiliares del Sagrado Corazón de Jesús y de alistarnos bajo el estandarte de Satanás, todo, en nuestra conducta deliberada, debe responder al Espíritu Santo y a nuestros superiores: **“Aquí estoy, sin tardanza, sin reserva, sin volver atrás, por amor a la voluntad de Dios”, teniendo cuidado de entregarnos a todos los medios que Dios y los superiores juzguen oportuno emplear para reencauzar los desvíos de nuestra conducta involuntaria.***

[...]

2°, 3°, 4°, 100°, ídem, ídem, ídem. Ecce venio! Fiat voluntas tua, in me sicut in coelo! [¡Que se haga tu voluntad, en mí como en el cielo!]”

(A los Padres y Hermanos de America, Betharram, 4/12/1881. Cf. Carta circular, Betharram, 10/1/1888)

En la carta circular que el P. Etchecopar escribió desde Betharram 16/1/1887, hace la nota necrológica del P. Rocq. En medio de los elogios del mismo, expresa que la muerte de los Betharramitas tendría que ser como fue la de San Miguel Garicoits. Vuelve a citar, en este caso, un párrafo parecido a una parte de la carta que acabamos de presentar más arriba, pero que no coincide textualmente sino, en el comienzo y en algunos contenidos. En esta cita del P. Garicoits encontramos también la importancia de la gracia de parte de Dios y de la posición en que nos encontramos, elementos esenciales también de la espiritualidad realista del P. Garicoits. Es original la presentación: repite la palabra “**hombres**” cuatro veces, para ir presentando los rasgos del talante betharramita. Y se refiere al desprendimiento y a las dos leyes del amor y de la obediencia y los presenta como rasgos de nuestro Fundador, en su vida y en su muerte:

*Ojalá podamos aprovechar las lecciones de un final tan edificante y merecer la gracia de una muy santa muerte con esa oblación perfecta de nosotros mismos, representada por los dones de los Magos y recomendada sin cesar por nuestro venerado Fundador. En efecto, él quería que cada uno de nuestros actos ofreciera a la divina Majestad un conjunto de amor y de austeridad y de humildad profunda. No podía aprobar ni amor sin mortificación, ni un celo separado de la oración humilde. “Dios, repetía, **de quien procede todo bien, pide, antes que nada, hombres** despojados de todo, principalmente de si mismos, **entregados interiormente a la ley de amor y externamente a la voluntad de los superiores; hombres** que pasen desapercibidos y que se entreguen, que en el camino de la obediencia no se vuelven atrás y avanzan siempre, reconociendo y confesando su nada; **hombres** que ejercen la inmensidad de la caridad en las posiciones más humildes; **hombres** que, en todas partes y siempre, responden al alcance de la gracia divina y a todos los deberes de su ministerio, pero sin ir nunca más allá de esa gracia ni superar los límites de su deber”.*

Esos principios, esta doctrina, él los consagró con su vida, los selló con su muerte.

(Carta circular, Betharram, 16/1/1887)

El P. Etchecopar vuelve a citar un texto del P. Garicoits que tiene los tres elementos señalados más arriba: despojo, ley del amor y ley de la obediencia, y seguimiento de Jesús (Aquí estoy con tu divino Hijo). Lo encontramos en la carta en la que hace una presentación pascual del P. Garicoits, glosando las palabras que dice Jesús a los dos discípulos desengañados, con los que camina hacia Emaús: “¿No era necesario que el Mesías soportara esos sufrimientos para entrar en su gloria?” (Lc 24, 26). Lo resalta como una oración.

Aquí se trata de fundar una Sociedad capaz de luchar contra ese liberalismo, tan expandido en todas partes en nuestros días, que su influencia penetra en el Santuario y en la misma Religión: “Una Sociedad despojada de todo, sobre todo de ellos mismos; entregado interiormente a la ley de amor, exteriormente a la ley de obediencia y teniendo como lema: ¡Dios mío! ¡Aquí estoy con tu Divino Hijo! Sin demora, sin reserva sin vuelta atrás, por amor a ti”.

(Carta circular, Betharram, 15/5/1890)

Una Carta circular que el P. Etchecopar escribe a las Casas de Francia contiene una reflexión ordenada de la fundación de la Congregación. Presenta el objetivo, los medios y el método de dicho proyecto. En el objetivo de la fundación se puede contemplar la persona de Jesús con las dos citas más importantes del Manifiesto: Hb. 10, 7 y Ph. 2, 8. Los hombres que quieran compartir su proyecto tienen que estar impregnados de los sentimientos del Corazón de Jesús, configurados con él. Cuando habla de los medios, el P. Etchecopar elabora de forma original, sin cita, la doble ley del amor y de la obediencia. Es curioso que cuando habla de la ley exterior, no nombra la obediencia y sí, “la Regla, la comunidad, la vida pobre humilde y crucificada y formulada por la Regla”. Son todos

elementos externos. Sin embargo, no pierde la palabra “amor”. El amor se muestra en la búsqueda y cumplimiento de la voluntad de Dios, y es el sentimiento de una motivación interior que impulsa a donarse, en la línea de lo que dice San Pablo en 1Cor 13, 1-3. *Aunque yo hablara todas las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo amor, soy como una campana que resuena o un platillo que retiñe. Aunque tuviera el don de la profecía y conociera todos los misterios y toda la ciencia, aunque tuviera toda la fe, una fe capaz de trasladar montañas, si no tengo amor, no soy nada. Aunque repartiera todos mis bienes para alimentar a los pobres y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, no me sirve para nada.* Sin el Amor, las acciones más grandes son bien aparente, cuando, en vez de hacerlas por el bien de los demás, las hago para mi prestigio, mis intereses, mis propios beneficios. Somos capaces de manipular lo mejor que hay en nosotros, auto-referenciándolo a nosotros. El amor se juega en las intenciones del corazón, que van orientadas al bien del prójimo y tiene que cuidarse de las pasiones que me impulsan a pensar sólo en mí, a cerrarme en mi confort y mis seguridades.

Su fin, al dar vida al Instituto, fue formar y reunir a hombres impregnados de amor al Corazón de Jesús, compenetrados de sus sentimientos, dedicados a sus intereses (del Corazón de Jesús), en unión con el Corazón de su divina Madre, teniendo como lema el grito de su obediencia, desde el momento de la encarnación en el seno de la Virgen Inmaculada, hasta la hora de su muerte en los brazos de la Cruz. Ecce venio ut faciam, Deus, voluntatem tuam¹ (Hebr. c. 10). Humiliavit semetipsum factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis² (Fil. c. 2). Éste es el fin del Fundador; ¿cuáles son los medios para alcanzarlo?
1º Exteriormente, la Regla y la vida comunitaria, pobre, humilde, crucificada, formulada por la Regla;

¹ Aquí estoy, oh Dios, para hacer tu voluntad

² Se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz.

2° **Interiormente**, el espíritu o la ley de amor, cuyo ojo está continuamente fijo en la voluntad soberana de Dios y cuya mano siempre está tendiendo a cumplirla con una delicadeza virginal. *Quae placita sunt ei Fabio semper*³ (Jn c. 8).

(Carta circular a las casas en Francia, Betharram, 1/3/1885)

En la Carta que el P. Etchecopar escribe desde Betharram el 19/2/1885, a los religiosos del Colegio San José de Buenos Aires, les habla del buen informe que el P. Victor Bourdenne ha hecho, después de su visita a las comunidades de América: San José y San Juan Bautista en Buenos Aires y la comunidad de los Vascos en Montevideo. Sobre los de San José dice que él ya sabía que habían conservado el espíritu primitivo, pero el informe del P. V. Bourdenne lo ha llenado de alegría. Lo ha presentado al Señor tanto en el coro del Santuario como en una de sus subidas a la tumba del Fundador. Y sigue diciendo:

Por eso, queridos Padres y Hermanos, tenemos que ser santos, pasar desapercibidos y entregarnos, siempre diciendo “aquí estoy”,

interiormente, a la ley de amor que el espíritu Santo no deja de grabar en nuestros corazones

e, exteriormente, a la voz de la regla y de los superiores, nunca echando mano a lo que sea, sin reconocer y confesar, por un lado, nuestra inutilidad y, por otro, sin reconocer y confesar que estamos haciendo la obra de Dios, que Dios nos dirige y que nada nos va a faltar. *Dominus regit me et nihil mihi deerit.*

(Circular a los religiosos del Colegio San José de Buenos Aires, 19/2/1885)

En otra carta dirigida por el P. Etchecopar a los religiosos de la misma comunidad del San José (Betharram, 4/12/1887), sin citar al P. Garicoits, pero mostrando que ha interiorizado ya esos valores, les insiste en el

³ Hago siempre lo que le agrada.

contenido del P. Garicoits y hace una glosa de los mismos. Habla de la doble ley del amor y de la obediencia. Nombra siempre el amor, la obediencia la nombra una vez y la otra habla de las disposiciones que han de que tener “esos hombres escogidos”, y las despliega en unas ocho o diez.

*En resumen, siento una gran consolación pensando que son los hijos de Nuestra Señora del Calvario y que allá, tan lejos, más allá de los mares, ustedes continúan la obra de nuestro fundador, con el espíritu que lo animó. Él nos repetía a menudo: “Hay que recordar **lo que somos**; tenemos que mostrar **lo que somos**, por estado, por profesión”.*

Y ¿qué era nuestro venerado y heroico Padre? ¿Qué se había propuesto? ¿Qué quería en su Congregación?

Hombres que pasan desapercibidos y que se entregan diciendo “Aquí estoy” a la doble ley que nos tiene que gobernar:

*1°- **En el interior, la ley de amor del Espíritu Santo**, que no cesa de exclamar en lo íntimo de nuestro corazón: **¡Padre, aquí estoy!***

*2°- **En lo exterior, la ley de la obediencia.***

*Hombres que pasan desapercibidos y que se entregan, que se presentan en todo y siempre reconociendo y confesando su nada, abandonados, **entregados cuerpo y alma interiormente con los más puros sentimientos del más perfecto amor**; abandonados, entregados cuerpo y alma externamente **en manos de sus superiores**, para ser enviados, trasladados, advertidos, orientados y mandados y mantenidos en los lugares de total sacrificio y devoción con los medios de los que disponen y elegidos por ellos, y eso, hasta la muerte y muerte de cruz.*

Hombres que pasan desapercibidos y se entregan, tan muertos a sí mismos, tan entusiasmados por lo que agrada a Dios que en todo y en todas partes tengan sólo una doble preocupación:

1°- Nunca ir más allá de los límites de su vocación y de su tarea;

*2°- **Ejercer, en esos límites la inmensidad de la caridad.***

Este es, Padres y Hermanos queridos, todo el pensamiento y el espíritu del P. Garicoits; esto es el “recta sapere” que no paraba de recomendarnos, para combatir el espíritu del momento, las ideas del momento, el liberalismo del momento.

Estos son los fundamentos sobre los cuales él levantó su obra, la piedra firme sobre la que resistió muchos asaltos y donde fue bendecido por Dios, a pesar de los muchos obstáculos.

(Circular a los religiosos del Colegio San José de Buenos Aires, Betharram, 4/12/1887)

El P. Etchecopar, en la Carta circular escrita en Betharram el 23/1/1889, transcribe no una carta sino un documento del P. Garicoits llamado “Forma de vida del Instituto”, donde expone algunos rasgos de la originalidad de la Congregación de Betharram. En él podemos encontrar dos rasgos originales de la misión del Instituto:

P. ¿Cuáles son el fin y los medios propios de nuestra Sociedad?

*R. Aunque tenga en común con los otros Institutos religiosos el fin general de tender a la perfección, **ella tiene esto de particular, que el fin es no sólo de tender a la perfección de sus miembros, sino además de trabajar para la perfección del prójimo de una manera que le es propia.***

P. ¿En qué consiste esta manera?

R. En dos cosas principalmente:

*1° **En la apropiación, si puedo decir así, de nuestros dos fines particulares:** porque buscamos tanto nuestra propia perfección que queremos hacer con que sirva totalmente, con los medios que usamos, a la perfección del prójimo; no como para perjudicar la nuestra, sino para favorecer*

nuestro propio crecimiento en la perfección de nuestro estado.

2° En la obediencia singular que profesamos; nuestro carácter propio es obedecer sin excusas, sin atraso, sin reserva de acción, de voluntad, de juicio, antes por amor que por cualquier otro motivo. En otros lados puede ser que tengan cierta medida; aquí, ninguna, a no ser el pecado evidente.

(Cc. Bth. 12/4/1889)

2. Por amor más que por cualquier otro motivo

2.1. La otra fuente de la espiritualidad del P. Garicoits donde bebe el P. Etchecopar su inspiración es en el lema que termina “por amor más que por otros motivos”, que se presenta de diversas maneras:

2.1.1. Encontramos, como en el caso de la doble ley, el lema de referencia en citas que el P. Etchecopar hace de San Miguel:

*...todo, en nuestra conducta deliberada, debe responder al Espíritu Santo y a nuestros superiores: “Aquí estoy, sin tardanza, sin reserva, sin volver atrás, **por amor a la voluntad de Dios**”.*

(A los Padres y Hermanos de America, Betharram, 4/12/1881. C. SMG, II, c. 293)

*¡Oh! sí, sint homines idonei, expediti, et expositi, (sean hombres capaces, desprendidos y disponibles) que, con la gracia de Dios, se entreguen, se limiten a eso y a obedecer sin tardanza, sin reserva, sin volverse atrás, **por amor antes que por cualquier otro sentimiento**. Esto será el reino de Dios entre ustedes y en ustedes, en vez del reino de la humanidad...*

(A los Padres y Hermanos de America, Betharram, 4/12/1881. C. SMG, II, c. 209. Al P. Diego Barbé)

2.1.2. He encontrado también los diferentes pasos del **método del P. Garicoits para conocer y practicar la Voluntad de Dios** y allí el mismo lema “...por amor...”. El P. Etchecopar afirma que el P. Garicoits ha practicado con arte ese método para abrazar y realizar la Voluntad de Dios.

“Non praeire, sed sequi”. No adelantarse a la Providencia, sino, después que ella habló, ¡adelante! A pesar de todos los obstáculos, respetar infinitamente los límites de la gracia y de la tarea, aún ejerciendo, dentro de esos límites, la inmensidad de la caridad.

Para descubrir la voluntad de Dios y de sus menores deseos, hay que renunciar a toda ilusión y a toda desviación del corazón; Disponerse a la más perfecta imitación de nuestro divino Maestro, exponer a quién se debe, obedecer por amor más que por cualquier otro motivo, sin demora, sin reserva, sin vuelta atrás”.

Estos principios y el arte de nuestro venerado Fundador fueron la regla invariable de su conducta desde el día en que, postrado en nuestro antiguo santuario, con el alma inundada de una luz extraordinaria, abrazó el designio que venía de lo alto, y se entregó a su realización.

(Carta circular, Betharram, 1/3/1885)

2.1.3. El lema se aplica no sólo a las personas de los religiosos, sino a toda la Congregación en su conjunto. Volvemos a encontrar los pasos del Seguimiento de Jesús. El lema adquiere el estilo de una oración también aquí.

Aquí se trata de fundar una Sociedad capaz de luchar contra ese liberalismo, tan expandido en todas partes en nuestros días, que su influencia penetra en el Santuario y en la misma

Religión: “Una Sociedad despojada de todo, sobre todo de ellos mismos; entregada interiormente a la ley de amor, exteriormente a la ley de obediencia y teniendo como lema: ¡Dios mío! ¡Aquí estoy con tu Divino Hijo! sin demora, sin reserva sin vuelta atrás, por amor a ti”.

¡Qué sabiduría había que tener para concebir semejante proyecto y qué fuerza para ejecutarlo o llevarlo a buen fin!

(Carta circular, Betharram, 15/5/1890)

2.1.4. En la necrología del P. Higuères, dice el P. Etchecopar:

Y tenía (el P. Higuères) razón; era efectivamente el eco fiel de nuestro fundador, de su divisa; ¡Aquí estoy! ¡Por amor!

(Carta circular, Betharram, 6/7/1892)

2.1.5. En la Carta del P. Etchecopar a los padres y hermanos de América, después de alentarlos y exhortarlos a vivir con fidelidad el carisma de la Congregación, les habla de la Causa del P. Garicoits. En el contexto de la exhortación les entrega la divisa del “por amor”:

Con la ayuda de la gracia, compenetrados de su sublime vocación, harán caer todos los obstáculos despojándose del hombre viejo que siempre renace de sus cenizas; revístanse de Nuestro Señor Jesús y con nuevo ardor, fuertes y generosos como águilas, alimentados con la sangre divina, en la misma fuente de nuestro adorable Corazón, se lanzarán en su vuelo celestial, diciendo con nuestro santo fundador: Dios mío y mi todo. Aquí estoy; aquí estamos sin demora, sin reserva, sin vuelta atrás, por amor a Ti.

Acabo de citar el lema de nuestro Padre. Su proceso sigue, aunque lentamente.

(A los Padres y Hermanos de America,
Betharram, 18/12/1886)

2.1.6. En la carta en que el P. Etchecopar hace la nota necrológica del H. Marc Ladevèze, elogia su obediencia y dice que llevaba el sello del fundador:

Su obediencia llevaba el sello de nuestro venerado fundador: “Aquí estoy, sin demora, sin reserva, sin vuelta atrás, por amor a ti, Dios mío”. La divina voluntad era el alimento que consideraba su delicia y quería a su madre con ternura y en sus brazos disfrutaba de inalterable descanso.

(Carta circular, Betharram, 23/1/1888)

II. El Amor en el P. Etchecopar

1. El amor de Dios

Las Cartas circulares del P. Etchecopar están empapadas de una reflexión sobre el Amor que Dios nos tiene y que se manifiesta en los beneficios que nos regala en situaciones concretas de la vida, según la espiritualidad ignaciana: *“Contemplación para alcanzar amor. Primero conviene advertir en dos cosas: la 1ª es, que el amor se debe poner más en las obras que en las palabras. La 2ª, el amor consiste en comunicación de las dos partes; es a saber, en dar y comunicar el amante al amado; y así por el contrario, el amado al amante...”*[EE 230-231] y también: *“Segundo preámbulo: pedir lo que quiero: y será aquí, conocimiento interno de tanto bien recibido, para yo, enteramente reconociendo pueda en todo amar y servir a su divina majestad”*. [EE 233]

*“El primer punto es traer a la memoria los beneficios recibidos de creación, redención y dones particulares, ponderando con mucho afecto cuánto ha hecho Dios nuestro Señor por mí y cuánto me ha dado de lo que tiene, según su ordenación divina. Y con esto, reflectir en mí mismo, considerando con mucha razón y justicia lo que yo debo de mi parte ofrecer y dar a la su divina majestad, a saber, todas mis cosas y a mí mismo con ellas, así como quien ofrece afectándose mucho: **“Tomad,***

Señor y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y mi voluntad, todo mi haber y mi poseer, Vos me lo disteis, a Vos, Señor lo torno; todo es vuestro, disponed a toda vuestra voluntad; dadme vuestro amor y gracia, que esta me basta” [EE 234].

Esta dinámica del amor, la podemos descubrir en el P. Etchecopar, inspirado claro está en el P. Garicoits. Ese amor son favores evidentes de Dios en su vida.

Recibimos un nuevo favor de los Santos Corazones de Jesús y de María.

Tiene un carácter tan nuevo y tan excepcional que va a dilatar todos los corazones y los hará estallar derramando acciones de gracias.

El Soberano Pontífice acaba de autorizar, directa e inmediatamente, por él mismo, el establecimiento de nuestro Instituto en Belén para servir al Convento de las Carmelitas y empeñarse en todas las obras que el Patriarca de Jerusalén se digne confiarle. Tengo el decreto en mis manos... Betharram en Belén, por orden explícita del Santo Padre, ¿no es un privilegio que nos da una gran alegría?

Annuntio vobis gaudium magnum quod et erit omni populo in costra Congregatione.

Sí, alegrémonos; pero sólo en el Señor. A él el honor, a nosotros la confusión. Recemos. Meditemos todo esto en silencio, como lo hacía María en el Pesebre.

Maria autem conservabat omnia verba haec, conferens in corde suo.

(Carta circular, Roma, 25/12/1878)

Considera también un favor de Dios la visita del P. Bianchi a Betharram. Se trata del padre dominico que el P. Estrate y el P. Bordachar, designados por Sor María de Jesús Crucificado para llevar las primeras Constituciones de Betharram a Roma, después de que pasaran un largo tiempo en el fondo de un cajón del escritorio de Mons. Lacroix. Estos dos padres,

encontraron en la sacristía de la Iglesia de la Minerva, al P. Bianchi, para quien traía el P. Bordachar un presente de las dominicas de Mauleón. Este P. Bianchi op, era miembro de la Congregación de Obispos y Regulares, les facilitó todo a los dos padres que no conocían el estilo curial. Y después, siguió asesorando al P. Etchecopar cada vez que iba a Roma, a dicha Congregación para hacer correcciones a las Constituciones.

Dios acaba de concedernos un gran favor, la gracia de la visita del Reverendísimo Padre Bianchi [...]. Me repitió muchas veces: “Desde lo alto de Cielo su santo Fundador les ha conseguido en tan poco tiempo esta unión de espíritus y de corazones que considero un milagro y que es tan rara, en semejantes circunstancias”.

Éstas, queridos Padres y Hermanos, son palabras muy consoladoras; además, toda la comunidad quedó entusiasmada por esta visita, aunque no duró más que unas cuatro horas.[...].

Bendigamos otra vez, queridos Padres y Hermanos, a Dios que nos dio semejante protector.

Sigamos sus consejos, llenos de sabiduría que nos comprometen a vivir nuestro estado, en espíritu de humildad, de obediencia, de mansedumbre y de caridad; así responderemos a su bondad, a sus deseos y a todos los proyectos del Señor.

(Carta circular, Betharram, 2/12/1879)

Un nuevo beneficio recibido de Dios, que tiene que agradecer, es la aprobación de las Constituciones por parte de Roma:

Tenemos que dar las mayores gracias a Dios y a la Santísima Virgen.

Ayer, 6 de mayo, nos llegó el Decreto de Su Santidad León XIII que aprobaba nuestras Constituciones ad decennium, por diez años, con algunas rectificaciones y agregados de la

Santa Sede, según las Reglas de la Iglesia y de acuerdo a algunos deseos de nuestros Capítulos Generales.

(Carta circular, Betharram, 7/5/1890)

Compara el P. Augusto el establecimiento de una comunidad en Belén con el establecimiento de las comunidades de Argentina y Uruguay. Las cuatro comunidades se ocupan de los jóvenes. Considera la obra de Belén como un don de la misericordia de Dios. Hay que agradecerse haciéndonos cada vez más dignos.

Éstas son, Padres y Hermanos, el origen y los títulos de nuestra instalación en Belén. ¿No es la obra de Dios, la obra de su Corazón y de su brazo, de sus nuevas misericordias, superando todas las que habíamos recibido hasta este día? Porque, mientras América abre sus brazos a nuestros jóvenes más tiernos, Belén introduce a nuestros jóvenes en la casa del Pan; y allí, con la ternura de una Madre, los hace sentar a una mesa donde todas sus necesidades son satisfechas y donde, bajo la protección de Monseñor, el Patriarca, que nos estima y del Señor Cónsul que nos garantiza su benevolencia, nuestros escolásticos crecerán en todas las ciencias y virtudes.

***Bendigamos a Dios, Padres y Hermanos, no dejemos de bendecir, de responder a su Misericordia, de hacernos cada vez más dignos.** Yo me esfuerzo en ayudarlos en eso, con mis pobres oraciones; ya los coloqué a todos en el Pesebre de Jesús en Belén y en su sepulcro en Jerusalén donde pude arrodillarme; así voy a continuar haciendo hasta mi partida... Porque, Dios mío, soy deudor de mis hermanos de todas tus bendiciones, y no puedo saborearlas sino con ellos y por ellos: propter Fratres meos.*

(Carta circular, Belén, 23/12/1890)

En la Carta que el P. Etchecopar escribe desde Betharram (Carta circular, Betharram, 22/5/1891), nada más llegar de su viaje a América, dice:

Volvimos ayer, por la tarde a Betharram, en perfecta salud; Dios se dignó favorecernos, de esa manera, hasta el fin. Ayúdenme a agradecerle (Cc. Bth. 22/5/1891).

En esta Carta circular, el P. Etchecopar comunica a toda la Congregación la nota que ha recibido del abogado de la Causa del P. Garicoits, en la que le anuncia que se ha terminado el examen de los escritos y que los expertos no han encontrado en ella obstáculos al proceso. El P. Etchecopar considera esta buena noticia como un beneficio para toda la Congregación, a cuyos religiosos pide que la respuesta a este don de Dios tiene que ser una fidelidad más grande a los compromisos como religiosos. Es una experiencia de amor: a los dones que nos concede el Señor en las circunstancias vitales, el P. Etchecopar y todos los religiosos tienen que responder, no sólo con el agradecimiento en la oración, sino con la fidelidad a la vocación en todas las situaciones de la vida. El Amor consiste en obrar el bien para mejorar la calidad de vida de alguien.

Recibí de Roma estas líneas del abogado de nuestra querida Causa, con fecha del 21 de diciembre pasado.

“Muy Reverendo Padre, estaba ansioso por anunciarle que el examen de los escritos del P. Garicoits está completamente terminado.

Por fin, tengo la felicidad de anunciarle esta buena noticia. Además, tenemos que alegrarnos porque los examinadores no notaron nada que pudiera impedir o retrasar la marcha del proceso. Por eso, hay motivo para esperar que, en el correr del año de 1896, el P. Garicoits será honrado con el título y el nombre de Venerable.

A. Mariani”.

¡Qué linda noticia, queridos Padres y Hermanos! Y, mientras esperamos este honor para los Padres y los hijos, ¡cuántos motivos para aumentar nuestro celo y que poderoso impulso para la generosidad!

¡Oh! Pronto comenzará el debate solemne que tendrá que decidir de la glorificación del Jefe de la familia. De un lado el Siervo de Dios, con las obras de su heroísmo; del otro, el adversario, el calumniador, el homicida. ¿Nos quedaremos como fríos espectadores de semejante combate? Y nuestra filial ternura, ¿no nos inspirará verdaderos prodigios de valor?

¡Oh! Con los ojos fijos en este gran debate, realicemos, cada día, con nuestras obras, una súplica elocuente por la santidad de nuestro Jefe. Hagamos que brille ante del cielo y la tierra, la luz de sus virtudes por el resplandor de nuestras vidas.

Como él, mostrémonos a los ojos de todos, perfectos cristianos por la fe, por la caridad y por la paciencia; perfectos sacerdotes, por un celo prudente y una conducta que sea en todo ejemplar y que, según una enérgica expresión, muy utilizada entre nosotros, haga imposible la misma calumnia; y finalmente, perfectos religiosos por la huida vigilante de los peligros del mundo, por una regularidad exacta y obediencia completa de espíritu y de corazón.

Y, para resumir todo en dos palabras, fijemos nuestra mirada en la bandera del fundador; y sigámoslo repitiendo su divisa: ¡Adelante! Pasando desapercibidos y entregándonos, en los límites de la obediencia y la inmensidad de la caridad.

Al comienzo del nuevo año, doy gracias al Padre de la Misericordia por todos los bienes que les permitió obrar en los meses pasados.

Le suplico que los confirme en su servicio y en su amor y les conceda el honor y la felicidad de entregarse por mucho tiempo más con fruto, bajo el estandarte del divino Corazón y bajo las alas de nuestra tierna Madre, la Virgen Inmaculada Nuestra Señora del Calvario.

No hay mejor recompensa ni mejor aliento para sus almas apostólicas y su piedad filial que las palabras de nuestro

venerado fundador, les voy a transcribir por la segunda vez, creo, algunos pasajes de dos de sus cartas. (Sigue la Carta 293 de la Correspondencia SMG, II)

(A los Padres y Hermanos de America,
Betharram, 4/12/1881)

En esta Circular de Betharram, 15/5/1890, el P. Augusto hace una reflexión sobre las palabras de Jesús a los dos discípulos de Emaús que hablan de que el Mesías tenía que sufrir mucho antes de entrar en su gloria. A partir de ahí nos hace una presentación pascual del Padre Garicoits: sus motivos de sufrimiento y sus motivos de gloria. Es la ley del Evangelio. El breve Pontificio que aprueba nuestras Constituciones es un favor, una acción buena de Dios para con el P. Garicoits y la Congregación.

Nuestro Divino Salvador decía a los discípulos de Emaús: “¿No era necesario que el Mesías soportara esos sufrimientos para entrar en su gloria?” “Nonne haec oportuit pati Christum et ita intrare in gloriam suam?” S. Lucas⁴.

Ante del Breve Pontificio que aprobaba nuestras Constituciones, me pregunté dentro de mí, sobre la causa de este nuevo insigne favor y no se me ocurrió otra que la ley del Evangelio que mencioné: sólo la cruz lleva al triunfo, y era necesario que el P. Garicoits, después de haber sufrido mucho, siguiendo al Maestro, participara un día de su gloria: et ita intrare in gloriam suam.

(Carta circular, Betharram, 15/5/1890)

Otra gracia, otro favor, otro beneficio de Dios, que no merecíamos y cuya tramitación tuvo tantos obstáculos, es el permiso papal de establecer una comunidad en Belén de Judá, en un lugar privilegiado que ofrece muchas posibilidades, para nuestra vida y para nuestra misión:

⁴ Lc 24, 32

*Estoy en Belén de Judá; les escribo desde Belén de Judá;
¡qué gracia! ¡qué felicidad! Y ¿cómo expresarla?*

En esta Tierra Santa donde se ven sólo

*“Montes sagrados y fértiles valles
caracterizados por cien milagros,”*

*a pocos minutos del Pesebre donde nació el Salvador, no
lejos de Jerusalén donde él expiró para rescatarnos, se
yergue nuestra Residencia, en una ubicación y en
condiciones tan favorables a la salud, a los estudios y a la
piedad que, para juzgarlo bien hay que haberla visto con
sus propios ojos.*

*La veo y me conmueve; estoy emocionado hasta lo más
íntimo de mi ser y, con los ojos inundados de lágrimas y
como fuera de mí, exclamo, con el profeta: “Invenimus
eam... adorabimus in loco ubi steterunt pedes eius”.
“Hemos encontrado la Casa por las huellas de sus pasos;
allí habitaremos y descansaremos, porque es la luz que Dios
eligió para compartir con nosotros: quoniam elegit
Dominus” (Sal. 131).*

*Pero ¿Por qué, Padres y Hermanos, Dios se fijó en nuestra
pequeñez para concedernos tan grande favor? ... Ésta es la
hora en la que hay que dar testimonio de la verdad y
proclamar muy alto nuestra deuda de gratitud; y ¡Qué
agradable es, indicarles los dos instrumentos elegidos por
Dios para nuestra fundación, la Hna. María de Jesús
Crucificado... y la Señorita Berta de St Cricq Dartigaux, en
esta Ciudad donde San Jerónimo escribía sus inmortales
Comentarios, a pedido de Paula y de Eustoquio!*

(Carta circular, Belén, 23/12/1890)

Y el regalo de Belén tiene muchas facetas y se acrecienta con el favor del Escolasticado, a causa de la ley francesa del servicio militar obligatorio, provocada por la persecución. Es el primer escolasticado de la Congregación. Se podrá organizar como piden las leyes de la Iglesia, etc.

Te Deum laudamus. Sí, agradezcamos juntos a Dios por sus bendiciones crecientes sobre nuestra obra de Belén.

Aunque se tratara sólo de la simple Residencia, de la capellanía normal, tendríamos motivo para sentirnos orgullosos; estar asociados al apostolado de Nuestro Señor en el mismo lugar donde él cumplió su misión, ¡qué favor capaz de provocar la envidia de los mismos ángeles!

Ahora bien, nuestro establecimiento de Belén, ya tan precioso por sí mismo, asumió una importancia capital que lo transformó; es el primer escolasticado, el primer Seminario regular de nuestro Instituto. El escolasticado, el Seminario, ¿quién no comprende, con la Iglesia y sus Concilios, lo necesarios que son? ¿Y quién entre nosotros, no estaría gimiendo viendo las más imperiosas necesidades postergadas entre nosotros cuanto a su establecimiento regular y su funcionamiento?

En fin, Dios, por una gracia extraordinaria, venció todos los obstáculos; y, transformando los obstáculos en medios, se sirve de la persecución para secundar nuestros deseos más ardientes. ¿Qué digo, secundar?... No; ya superó todas nuestras esperanzas; les hablo de lo que yo veo y voy a intentar describirles el espectáculo del que soy testigo emocionado.

(Carta circular, Belén, 23/11/1892)

En la primera carta circular que el P. Etchecopar escribe a todos los religiosos desde Buenos Aires, empieza agradeciendo al Corazón de Jesús por el cuidado con que protegió al P. Romain Bourdenne y a él mismo, durante la travesía del Atlántico y en la cuarentena que tuvieron que vivir en el barco, antes de desembarcar en La Plata.

El P. Augusto es testigo, en seguida, de cómo se aprecia el trabajo realizado por los religiosos en el Colegio. Esa entrega, unida a la del P. Garicoits y a la de los que dieron continuidad a su obra y misión, es también un gesto del Amor de Dios para con la Congregación, que los

beneficiados por ella, saben apreciar y que nosotros tenemos que agradecer.

Gracias a sus oraciones, gracias a la infinita misericordia del Corazón de Jesús, llegamos sanos y salvos al final de nuestro viaje.

Dios nos protegió visiblemente, nos cubrió a la sombra de sus alas a lo largo de las pruebas inevitables en una larga travesía y durante los cinco días de cuarentena que nos impusieron. Este período, tuvimos la suerte de pasarlo a bordo de nuestro vapor, en las condiciones menos desfavorables posible, por toda nuestra prueba.

(Carta circular, Buenos Aires, 5/12/1891)

[...]

Me había hecho una imagen ideal de nuestras obras de América; la realidad supera con mucho todo lo que me imaginaba.

De manera que, sólo decirlo me conmueve y me provoca dulces y abundantes lágrimas... Ayer, vi comulgar a nuestros trescientos alumnos. Estamos acosados por visitas de hombres distinguidos de todas clases y condiciones más elevadas; vienen para expresar a desconocidos que somos sus sentimientos de gratitud hacia sus maestros, nuestros Padres y nuestros Hermanos; y mañana van a volver más numerosos, para asistir a mi misa, comulgar de mi mano y después, darnos la bienvenida, en un acto público.

¡Dios mío! ¡Cuánto bien obrado por tu Instituto, que preparó y comenzó tu Servidor, el P. Garicoits, y que han continuado con tanta fidelidad, energía, obediencia, amor por sus santos que reinan allá arriba, y por los que combaten aquí en la tierra y combatirán hasta la muerte! Amén, Amén.

(Carta circular, Belén, 5/12/1891)

2. El amor a Dios

En esta Carta circular que el P. Augusto escribe desde Betharram 29/9/1889, les habla de la difícil situación política en que se encuentran: las elecciones que acaba de haber en el departamento, las dificultades que supone para la Iglesia, el riesgo de expropiación que corren los bienes de la Iglesia y al final les habla de las dificultades que puede plantear la ley del servicio militar obligatorio a la formación de los escolásticos.

Ya hemos visto que los beneficios de Dios son bienes concretos que él ha hecho a nuestras personas o a nuestras instituciones en la vida ordinaria. El P. Etchecopar y todos los religiosos le responden con agradecimiento en la oración, pero también en la conducta de una vida recta y fiel, en todas las situaciones, a los compromisos adquiridos al abrazar la vocación consagrada. Se ama a Dios cuando, en medio de las dificultades uno no se arredra y además de vigilar y orar, las alienta a tener coraje para tener una conducta recta. Es el “en todo amar y servir” ignaciano. El P. Etchecopar alienta a todos los religiosos para que actúen con parresía. No tienen que turbarse, sino enfrentar la dificultad con coraje, unidos interna y externamente:

¿Y las personas? Preguntarán ustedes. ¿Qué será de ellas, frente a la ley militar? Sobre eso, en la práctica, hay algo de que informarse y tomar medidas en consecuencia; lo que puedo constatar, agradecido a Dios con toda mi alma, son las disposiciones de los jóvenes, dispuestos a todo para ser fieles a Dios y a la Congregación...

Por eso hay que vigilar y rezar, pero de ninguna manera turbarse; todo lo contrario, en las dificultades, en las peripecias de la guerra, se cierran filas y se va de frente, a la voz del jefe, los ojos fijos en la bandera: ¡Adelante! Sin demora, sin reserva, sin volver atrás, por amor a Dios .

(A los Padres y Hermanos de America,
Betharram, 29/9/1889)

En esta Carta circular escrita desde Olorón, el P. Augusto dice que el último Capítulo general expresó la urgencia de que nuestras Constituciones reciban la aprobación definitiva de Roma. Anuncia también que terminó de preparar el libro de “*Pensamientos*” en Sarrance y que eso responde al pedido de avivar el entusiasmo para vivir como el P. Garicoits vivió y nos propuso vivir. Lo llama “Padre querido”. Amar es también entregar la vida por el bien de una noble causa, que puede beneficiar a una persona.

Quiera Dios, mis queridos Padres y Hermanos, que todo (se refiere al librito de los Pensamientos) redunde en gloria de nuestro Padre querido.

Es digno y justo consagrar todos nuestros esfuerzos y toda nuestra vida al suceso de tan noble empresa.

(Carta circular, Oloron, -/2/1889)

En esta Carta circular escrita desde Roma, el P. Etchecopar habla de los testimonios que han dado sobre la Congregación algunos Obispos amigos y transmite algunos de ellos. Lo considera como un regalo de Dios, que hay que agradecer porque se ha mantenido vivo el espíritu que siempre nos ha animado en nuestra vida concreta:

Es justo, por consiguiente, dar al cielo las más humildes y vivas acciones de gracias, volviendo a decir, con el P. Garicoits: “Dios, de quien procede todo bien, es el autor de nuestra Sociedad; la gobierna; la conservará y la hará avanzar en su santo servicio”.

Agradecemosle otra vez el buen espíritu que no dejó de animar a los nuestros y por el cual pude decir al Santo Padre, en mi informe general: “La crisis que está pasando Francia no afectó al espíritu del Instituto; los votos y la Regla son fielmente observados; se puede decir que cada uno hace lo que puede, con toda buena voluntad, para crecer en la perfección de su estado”.

En fin, expresemos al Señor nuestra profunda gratitud por los testimonios que tuvieron la atención de presentar los Ordinarios y los Obispos, nuestros Protectores.

Antes de depositar en la Sagrada Congregación esas cartas testimoniales, creo que es agradable y benéfico comunicarles por lo menos algunas cortas citas o un rápido análisis.

(Carta circular, Roma, 15/3/1889)

En esta Circular, el P. Etchecopar recuerda que lo que nos corresponde es manifestar en nuestra conducta el espíritu de la Congregación. Ese será nuestro amor, en respuesta al que Dios nos tiene y que se manifiesta en todos sus beneficios para con nosotros.

Detengámonos aquí, padres y hermanos, en estas preciosas enseñanzas; alcanzan para mostrar que, según nuestro venerado Fundador, nuestro espíritu es esencialmente religioso y que se caracteriza por la perfección de una obediencia calcada, punto por punto, de la del Divino Corazón de Jesús.

Por eso, es claro que no alcanza con ser buenos cristianos y buenos Sacerdotes, con cumplir con nuestros diversos ministerios con diligencia, celo y entrega; sino que, además, debemos imprimir en todo el carácter de verdaderos religiosos. Y cumplir todas nuestras funciones de acuerdo con nuestros votos, nuestras Reglas, en el sentido de la obediencia y bajo la disciplina a la que nos hemos comprometido.

Es también evidente que tenemos el imperioso y sublime deber de justificar delante de Dios y delante de los hombres nuestro nombre de Sacerdotes y Apóstoles del Sagrado Corazón, combatiendo sin cesar cualquier espíritu que le sea contrario, especialmente el espíritu de independencia y de egoísmo que sopla y que nos invade por todos lados, substituyéndolo con este Ecce Venio de humildad, de

obediencia y de amor, que un día salvó al mundo y que, en este momento, lo tiene que regenerar.

Dígnese nuestro adorable Maestro, desde lo alto de la cruz, llenarnos de su espíritu. Dígnese la Virgen, su Madre y nuestra Soberana, conseguirnos ese espíritu por los méritos de sus dolores. Y después, que cada uno de nosotros se esfuerce por vivirlo cada vez mejor: ut abundetis magis (S.Pablo).

(Carta circular, Betharram, 12/4/1889)

3. El amor al hermano, Hijo de Dios como yo

El amor a todo hombre, que es mi hermano, se manifiesta en la entrega a las personas que se les encomiendan en la misión. Amor apasionado por que conozcan a Jesús y puedan ser sus discípulos y así llegar a salvarse. Esto lo encontramos en muchas de las citas que hemos aportado en los dos puntos anteriores. El amor al hermano está integrado en el amor de Dios: Cumplir con responsabilidad la misión encomendada por Dios implica entregarse para amar a cada persona para que viva mejor en todas las dimensiones de su vida, tanto material como espiritualmente. Por otra parte, para entregarse al hermano, es necesario salir de sí mismo, de la propia comodidad, negarse a lo que sale del corazón para nuestro único provecho, pasar dificultades y pruebas, a veces incomprensiones de los más cercanos, que tienen otra antropología y no nos entienden. Y, por otra parte, hacer bien al hermano en la misión, en la comunidad o en cualquier otra circunstancia es hacerle bien al Maestro (Mt. 25, 40). Puedo aportar algunas citas más específicas:

Gracias al Cielo, el Proceso de los Escritos del Fundador comenzó; y el lunes último, durante 4 horas, entregué al tribunal eclesiástico alrededor de 140 cartas autógrafas y 160 copias de otras cartas autografiadas por nuestro Padre venerado.

¡Oh! Seamos nosotros mismos, con nuestras obras, sus cartas de presentación y la expresión viva de su doctrina y de sus enseñanzas. Para eso, imprimamos en cada uno de nuestros pensamientos y de nuestras acciones el Ecce Venio de su humildad y de su entrega. Qué consuelo, a la hora de nuestra partida el que nos digan que están decididos, que esa será su divisa, la vida de todos ustedes, superiores e inferiores.

(Carta circular Betharram, 1/11/1891)

En esta carta nos describe el P. Etchecopar, su peregrinación casi diaria a la tumba del P. Garicoits sabiendo la colina del Calvario. Ha hablado de ello en otras ocasiones, pero en esta carta lo describe como una experiencia personal. Le ofrece al P. Garicoits las ocupaciones de los misioneros de América. Sus ocupaciones son sus acciones pastorales o educativas con las que hacen el bien a las personas. Eso también es amor. Ante la tumba suele rezar una oración al P. Garicoits, que nos transmite después de lo citado.

Es sobre todo en mi peregrinación casi cotidiana al Calvario que trato de identificarme son sus ocupaciones más queridas, con los deseos más ardientes de su piedad, de su amor a Dios y a la Iglesia, para depositar en la tumba del venerado fundador sus corazones y sus intenciones.

Todavía hoy, hace unas tres horas, después del rosario recitado en común, subí, parando muchas veces, la santa montaña. Bajo mis pies, el hielo se derretía al calor del mediodía; en frente, el Isarce, con un gran manto gris y blanco, atravesado todo a lo largo por surcos de nieve brillante de luz; Sobre mi cabeza y ya dominando el horizonte, un sol de suave y cálido aliento; en todas partes, un silencio profundo, interrumpido por el paso de algún devoto peregrino.

Estoy en la explanada, en primer lugar a los pies de la gran cruz, frente a todas esas tumbas queridas donde duermen los

hermanos, en la paz del Señor. Finalmente me postro delante de la tumba de mármol tantas veces besada, tantas veces cubierta de luces, que parece estar participando ya de la gloria de las sepulturas de los santos.

(Carta circular a los Padres y Hermanos de America,
Betharram, 3/1/1891)

El P. Etchecopar nos cuenta en esta carta la recepción que hizo al Cardenal Legado del Congreso Eucarístico de Jerusalén⁵ en la comunidad de Belén. Transmite la alegría y el honor de esa visita. Había mandado a algún escolástico que tomara nota del saludo del Cardenal, sin que se notara. Es como lo que pedía a los novicios en Betharram en las conferencias del P. Garicoits. Y nos trasmite el mensaje del Cardenal con mucho orgullo. El Legado de León XIII puso el acento en la manera de hacer el bien con humildad y entrega de los betharramitas. ¿No es esta entrega a los demás el rasgo del verdadero amor al prójimo? “Me gusta mucho su manera de hacer el bien”, dice el Cardenal Legado.

Sin embargo, la recepción fue muy linda; por la tarde, nos advirtieron que Su Eminencia visitaría las diversas comunidades y se saldría del camino para subir a nuestra colina. Eran las cinco y tres cuartos cuando el Cardenal apareció, a caballo, escoltado por el Kawas y acompañado por el Cónsul, el P. Le Rebours, párroco de La Magdalena, etc...

Le di la bienvenida diciéndole cuánto su visita nos honraba y nos alegraba: nos honraba, a causa de la incomparable distinción de su dignidad y de su mérito; nos alegraba porque nos volvíamos a ver después de haberlo conocido a los pies de los Pirineos, como el mejor de los Padres.

“Al Cardenal Legado de León XIII, ofrecemos nuestra total obediencia según el lema del P. Garicoits: sin demora, sin

⁵ El VIII Congreso Eucarístico internacional se celebró en Jerusalén, en el Imperio Otomano, entre los días 14-21 de Mayo de 1893. El Legado Pontificio de León XIII fue Mons. LANGEMIEU, Cardenal Arzobispo de Reims (1874-1905). Cf. www.congresoecaristicointernacional.blogspot.com

reserva, sin vuelta atrás, por amor a Dios y a su Iglesia. Al Padre que no calcula su amor, incluso con sus hijos más humildes, ofrecimos todos nuestros corazones, pidiendo a Dios que conserve y por mucho tiempo, al Príncipe de la Iglesia, al Dulce Pontífice que la Historia, ratificando las actas del Congreso y el juicio unánime de sus miembros, considerará el Legado de la Luz y el Legado del Corazón”.

El Cardenal, con los ojos llenos de lágrimas, nos respondió con estas palabras recogidas por nuestros queridos escolásticos:

“Mi buen Padre, usted me dice su emoción; yo estoy tan emocionado como usted. ¿Quién nos hubiera dicho que nos íbamos a encontrar aquí, en esta colina, bajo este lindo cielo de Belén? Al escucharlo manifestar como siempre sus sentimientos de piedad filial y de dedicación sin reserva, resuena como una dulce ilusión a mi corazón. Me pareció estar a los pies de los Pirineos, en esos frescos valles, con el murmullo de esas aguas que riegan, allá, su santa soledad.

Tenía muchas ganas de visitar su querida Comunidad. Me gusta mucho su manera de hacer el bien, sin afectación, en la sencillez y discreción. Aquí y en el Nuevo Continente, ustedes hacen lo mismo; y esas lindas obras que se les dieron y otras más que los esperan, son la recompensa de ese actuar escondidos. Es la ley del Evangelio; cuanto más escondidos, más bendecidos por Dios. Sólo se sirve de hombres compenetrados del sentimiento de su nada para hacer el bien y un bien muy grande en su Iglesia.

A la base de su Instituto, ustedes tienen esta humildad fecunda. Su Fundador fue uno de esos hombres que realmente pasan desapercibidos; es por eso que su vida queda y quedará como una estela luminosa que atrae y atraerá cada vez más la mirada de todos; es por eso que la Santa Iglesia quiso que se recogieran los rasgos heroicos de su santidad para proponerlos como modelo a todos sus hijos.

Es mi deseo más ardiente que esta causa llegue lo más pronto posible a la glorificación de este humilde servidor de Dios, para edificación de toda la Iglesia, para su recompensa y el aliento de todos.

Y ustedes, hijos míos, formados por esos grandes ejemplos, continúan esa tradición de humildad y entrega, aquí, en Belén, para consolación de su venerado Patriarca y para el bien de este querido país de Oriente, y en todas partes, adonde Dios quiera llevarlos. Ese es el espíritu de ustedes; Permanezcan muy fieles a él”.

A esas palabras paternas, el Legado agregó en seguida la gracia de la Bendición Papal. Después entró a la residencia, rezó en el oratorio y tomó un refresco en el cuarto episcopal. Al bajar, se entretuvo largamente con los escolásticos, como un padre entre sus hijos, y les dio a cada uno una estampa del Beato Urbano II. El P. Romain, presente en todas las ceremonias, participó de las caricias concedidas al escolasticado.

Después de despedirse, Su Eminencia bajó al Carmelo.

(Carta circular, Belén, 28/5/1893)

El P. Etchecopar se encuentra en Belén en su segunda peregrinación. Hace unos meses ha llegado de su visita a las comunidades de América y tiene frescos todos los recuerdos de lo vivido con los religiosos y el impacto del cariño que le tenían los alumnos, los padres y profesores a los religiosos, sobre todo de San José. Hace una meditación preciosa sobre la humildad y la pobreza de Belén y la compara con los orígenes pobres tanto de la Congregación, como de la misión de América y sobre todo del Colegio San José. El amor es la entrega de la persona a la misión, sin dejarse vencer por las dificultades. Esa entrega es el “*dévouement*” que el P. Etchecopar coloca siempre junto al “*effacement*”. En esta carta encontramos la expresión de las tres dimensiones del amor juntas: Amor de Dios: la caridad de cuando llegan a Buenos Aires y les falta todo, les procura el alojamiento y el alimento indispensables para vivir... El Amor a

Dios: la entrega de los religiosos que les permite ir más allá de las dificultades y les da alegría y paz, como María y José en el pesebre. El amor al prójimo: los religiosos del San José, corrían, volaban para entregarse a los demás en todas partes: en el altar, en la calle, en el aula, en las tareas de la casa:

El P. Garicoits tuvo que mendigar 4.000 francos a una piadosa Señora, impactada por su santidad; el viaje de los misioneros fue la práctica de todas las virtudes apostólicas; a su llegada, ¿qué encontraron? ¿Brazos abiertos y un alojamiento preparado? No; nada más que obstáculos o, por lo menos, ningún preparativo, ni el menor aliento. Me equivoco... Estaba allí la caridad para ofrecerles el alojamiento y la alimentación necesarios. Es bastante como para no morir. ¡Oh! ¿Qué es eso como para fundar cualquier obra? Pero ¿qué digo? Ese despojo total es mucho, es lo esencial, es el verdadero fundamento de toda obra de Dios; es Pesebre... ¡Ah! Cuánta semejanza entre el Pesebre del divino Salvador y el Pesebre de todas nuestras obras, de la primera de todas, de Betharram, de la obra de la Colonia, especialmente la del San José. En la casa donde se instalaron nuestros primeros Padres, encontraron el despojo, la suciedad del establo de Belén; pero qué tesoro llevaban, como la Santísima Virgen y San José. La alegría en la Pobreza, el gozo en el sacrificio, la felicidad en el Espíritu Santo et iustitia et pax et gaudium in Espíritu Sancto. Con esas disposiciones, el trabajo más duro, el más oscuro, el más ingrato, no es nada; ¿Qué importa que se tenga éxito o no ante los hombres? ¿Que importa gozar o no de su consideración, de sus aplausos, de sus favores y del bienestar en el orden temporal? Todo eso es útil como medio para el entusiasmo, pero, en el fondo, esto no nos da méritos delante de Dios, ni su paz en el fondo de nuestro corazón. Pero con la gracia en el interior, se corre, se vuela a través de las zarzas y las espinas; nuestros primeros

Padres de San José, llevados y arrastrados sobre las alas del santo amor, no conocían pausas ni reposo; amontonaban todos los méritos al mismo tiempo. Eran, al mismo tiempo, sacerdotes en el altar, profesor y maestros de estudios con los alumnos, hermanos conversos en las tareas de la casa, en las calles de la ciudad y podían decir, con el apóstol San Pablo mostrando sus manos y sus hombros: “Éstas son las manos que trabajaron y éstos los hombros que llevaron los pesados fardos a ejemplo del gran obrero del cielo y de la tierra que se hizo artesano de nuestra salvación y de nuestra felicidad. Laboramus operantes manibus nostris (Cor)⁶

¿Es todo? No, amigos; después de los pobres y oscuros comienzos de Belén, después de los duros y largos agotadores trabajos de Nazaret, había que coronar el edificio con el martirio del Calvario: ¡Qué definitivo e impactante carácter impreso en la obra de San José! Sí, no faltó nada: ni las angustias de Getsemaní, cuando deliberaban sobre el abandono total de la obra, ni la huida, ni el desánimo de los mismos que debían sostenerla, ni, finalmente, la muerte del Gólgota, aceptada por el P. Barbé con la obediencia heroica que entrega todo, absolutamente todo con abandono filial en manos del Padre Celeste.

Estas similitudes son verdaderas; indican el carácter especial de esta obra; y esta historia de su pasado es, creo yo, el programa y la profecía del futuro.

(A los Padres y Hermanos de America, Belén, 12/12/1892)

El P. Augusto acaba de llegar de su viaje a América y tiene prisa por informar a todos los religiosos de lo que ha vivido con los religiosos que allí viven, fieles al carisma y realizan con responsabilidad su misión. Les da también los motivos por los que quería hacer ese viaje y encontrar a los hermanos de allende los mares... El favor de Dios es la fraternidad, la comunión (*unum sint*) entre los religiosos de América, de estos con los de

⁶ 1 Cor 4,12: *Nos cansamos trabajando con nuestras manos.*

Francia y Tierra Santa. Es un favor palpable. Nuestra respuesta a ese don de Dios tiene que ser también visible: la ofrenda de un Magnificat y un Ecce venio existenciales para agradecer a Dios haciendo su voluntad en el servicio de los hermanos, hombre y mujeres que nos encontramos. El amor del Ecce venio se encarna en la humildad, la mansedumbre, la obediencia y la entrega (*dévouement*).

Encontramos juntos también en esta Circular los tres movimientos del Amor. El amor de Dios: *“este favor que corona todos los otros”*. El amor a Dios: *“ofrezcamos, apúrense a ofrecer, les pido, el Magnificat de la más perfecta gratitud”*. El amor al hermano: *“(Ofrezcamos también) el Ecce Venio de la más completa entrega.*

Finalmente, esos lazos de amor y de obediencia que unieron siempre a los miembros de la Colonia Americana entre ellos y con la Casa Madre queríamos consolidarlo y hacerlos aún más fuertes. Ahora bien, esto es lo que nos escribía desde Betharram, el 4 de abril, nuestro Padre Asistente: “Usted sabe cuánto amamos y estimamos a esos queridos hermanos de América; pero me parecer que son doblemente queridos desde que usted está en medio de ellos. ¡Estamos muy conmovidos, aquí, del afecto filial le profesan! Y usted, con su bondad de Padre hace que sus virtudes y sus méritos se destaquen tanto que nos quedamos entusiasmados por todo lo que nos dice”.

Esta estima y este afecto mutuo, esta caridad más fuerte que la muerte, que une y hace invencible, en el Corazón del divino Maestro, queridos Hermanos y Padres éste es el tesoro más precioso de la comunidad y el mejor resultado concedido por la Bondad Divina.

Por este favor que corona todos los otros ofrezcamos, apúrense a ofrecer, les pido, el Magnificat de la más perfecta gratitud y el Ecce Venio de la más completa entrega.

(Carta circular, Betharram, 29/5/1892)

4. *El resultado de ese triple movimiento del Amor es la Comunión y la fraternidad*

En la última cita que acabamos de dar, hemos descubierto la comunión con Dios y con los hermanos en la dinámica de los tres amores juntos. En la comunión se consigue la plenitud del Amor. Entre nosotros la comunión imperfecta que vamos consiguiendo con la Fuerza del Espíritu Santo y el don y la aceptación mutua de unos a otros, nos va enriqueciendo como personas y haciendo crecer en humanidad con la gracia de Dios y nos va acercando a esa plenitud de comunión que es el Amor en el Cielo comunicándonos los bienes que hemos ido recibiendo los unos a los otros y a Dios, sin reservarnos nada. Es la realidad del deseo de Jesús y del P. Garicoits: *“Unum sint”* (Jn 17, 21-23). Lo encontramos en otras cartas circulares. En esta primera cita habla de la comunión como una experiencia que ha vivido en la celebración del Jueves Santo:

¡Oh! queridos Padres y Hermanos, qué agradables son los lazos estrechados por la caridad de Nuestro Señor. Lo experimentamos una vez más, con la visita de esos dos Padres que nos animaron tanto. Ustedes lo experimentan ahora que volvieron a sus lugares de combate, ahora que expanden en las dos comunidades ese espíritu de amor y de sacrificio junto con una modestia y sencillez exquisitas que es nuestro espíritu primitivo y que desde sus almas donde abunda, se derrama al exterior.

Ustedes y nosotros, entonces, estamos cada vez más felices y orgullosos de pertenecer a esta obra, nacida del Sagrado Corazón de Jesús y de María para ser su honor y sostén; apeguémonos fuertemente a la obediencia, a la caridad, a la regularidad, a la humildad en el amor que harán que todos, seamos internamente, un solo corazón y una sola alma y externamente un cuerpo compacto, amalgamados en la unidad de nuestras leyes y de las mismas observancias externas.

Este es el Unum sint que acabo de pedir para nuestra queridísima Congregación, en la conmovedora solemnidad del Jueves Santo que acabamos de celebrar, en nuestra capilla, con tanta piedad. El P. Barbé cantó la misa y todos nosotros, padres, levitas, alumnos, fieles, jóvenes y viejos, hijos de un mismo Padre, comimos a su mesa el pan de la caridad, para que los que viven ya no vivan humanamente, sino divina y eternamente, como su Padre... ¡Oh, bondad! ¡Oh, bondad! ¡Si te conocieran bien!

(A los Padres y Hermanos de America,
Betharram, 22/4/1886)

Pensemos en esto, muy queridos Padres y Hermanos... miremos a menudo nuestro blasón, y luego vayamos a la intimidad de nuestros corazones para analizar los sentimientos que deciden nuestras palabras y nuestros actos; y si descubrimos rasgos de semejanza con el Modelo que nos dio Dios, elegido para nosotros, demos gracias a aquel de quien viene todo don; especialmente el don de la unión con el corazón y el amor de Dios... Si, al contrario, nos damos cuenta de alguna contradicción entre la bandera y el soldado que la levanta, recemos insistentemente al Divino Jefe que nos guía, que nos dé un corazón nuevo y un espíritu recto, digno de él y de nuestro juramentos.

*Y después, ¡adelante siempre!, repitiendo el grito de nuestra pequeña tropa: **Ecce venio, Aquí estoy.** Aquí estoy, según las palabras del fundador, al servicio de la humildad, de la caridad, en odio al orgullo y al egoísmo del siglo... **Aquí estoy, unido a mi Salvador, en su obediencia a su Padre, en su celo para la salvación de las almas, Aquí estoy, muy especialmente como apóstol del respeto, de la sumisión perfecta frente a los Superiores, en odio al espíritu de insubordinación y de egoísmo que es el flagelo de nuestro tiempo.***

(A los Padres y Hermanos de America,
Betharram, 18/6/1886)

Con la ayuda de la gracia, compenetrados de su sublime vocación, harán caer todos los obstáculos despojándose del hombre viejo que siempre renace de sus cenizas; revístanse de Nuestro Señor Jesús y con nuevo ardor, fuertes y generosos como águilas, alimentados con la sangre divina, en la misma fuente de nuestro adorable Corazón, se lanzarán en su vuelo celestial, diciendo con nuestro santo fundador: Dios mío y mi todo. Aquí estoy; aquí estamos sin demora, sin reserva, sin vuelta atrás, por amor a Ti.

Acabo de citar el lema de nuestro Padre.

(A los Padres y Hermanos de America,
Betharram, 18/12/1886)

Quam bonum, etc... Qué bueno y agradable, para Hermanos, vivir juntos, en perfecta unión en el Corazón de N.S.J.

[...]

Esperamos con mucha firmeza de la infinita bondad del Corazón de Jesús y de la intercesión todopoderosa de N. Sra. del Calvario que, cada día más fieles a la gracia de su vocación, cada día más dóciles a la voz del Espíritu de Fuerza y de Amor, tomarán y abrazarán con ardor creciente el yugo tan suave y ligero del Señor, y que, con su coraje, su generosidad, su perseverancia en el buen y legítimo combate, sostendrán, consolarán a su santa Iglesia y a su Augusto Jefe entre las crueles pruebas del tiempo presente, y merecerán, así para ustedes y para muchos otros, la corona de las recompensas eternas. Todo suyo en N. S.

Conclusión: Dios es Amor y el que ama ha nacido de Dios (1Jn. 4, 7)

Vivimos inmersos en un movimiento de amor, que nos antecede y nos trasciende. El origen de ese movimiento de Amor está en la Trinidad.

*“¡Qué bien sé yo la fonte que mana y corre
aunque es de noche!*

*Aquella eterna fonte está escondida,
¡qué bien sé yo do tiene su manida,
aunque es de noche!*

*Su origen no lo sé, pues no le tiene,
más sé que todo origen de ella viene,
aunque es de noche.*

*Sé que no puede ser cosa tan bella
y que cielos y tierra beben della,
aunque es de noche”...*

(S. Juan de la Cruz: “La fonte”)

La Trinidad es una comunidad de amor, en la que el Padre se está entregando desde siempre al Hijo y aceptando el don del Hijo, que lo hace Padre. Y el Hijo se está entregando desde siempre al Padre y aceptando su don, que lo hace Hijo. Y el don recíproco que va y viene del Padre al Hijo y del Hijo al Padre es el Espíritu Santo: Amor del Padre al Hijo y del Hijo al Padre. Existe una interna comunicación de dones o de vida entre las tres personas de la Trinidad. Por eso podemos decir que Dios es Amor. *“Padre, Hijo y Espíritu Santo, ¡qué modelo de comunidad!... Estas tres personas, perfectamente distintas entre ellas, no dejan de estar unidas y de actuar en la misma naturaleza, en el mismo pensamiento, en la misma voluntad y en las mismas operaciones y forman así una sociedad adorable, perfecta”*. (MS. 129-130. cf. RdV. 93)

Este amor trinitario decide comunicarse fuera de la comunión de las tres y lo hacen por medio de la Creación de todas las cosas y del Ser Humano. La Trinidad decide crear al Ser Humano, comunicándole su imagen y semejanza: lo crea personal y social de tal manera que cada persona se comunique mediante el don de sí misma a los otros y que acepte el don de los otros para sí. *La elevación mediante la gracia la debemos a la elevación de Cristo en la cruz. Según los eternos designios del amor paterno, en el misterio de la redención uno se realiza por medio del otro y no de otra manera: solamente por medio del otro. Se realiza pues eternamente, puesto que eternos son el amor del Padre y la donación del Hijo. Se realiza también en el tiempo: la cruz en el calvario significa efectivamente un momento concreto de la historia de la humanidad.* (Juan Pablo II, Homilía en Luján, 11 de Junio de 1982)

El ser humano está hecho de tal manera que necesita comunicar sus bienes, materiales y espirituales, para ayudar a los demás a ser mejores, y enriquecerse él mismo con los dones que le comunican los demás en el diálogo, en el servicio y en el amor. Vamos creciendo y madurando en nuestro ser tal como lo hemos recibido de Dios, así nos ha hecho y nos ha amado Dios, en la medida que estemos abiertos para comunicar el propio don y para aceptar de los demás los dones que nos comunican. Esta donación y aceptación mutuas da lugar al encuentro entre las personas tanto divinas como humanas. Cuando yo acepté algo de ti, algo tuyo llevo en mí y cuando tú aceptaste algo de mí, algo mío hay en ti. Y esto en todos los ámbitos y relaciones: con Dios, con los padres, con los hijos, con los hermanos, con los novios, con los esposos, con los amigos y hasta con los enemigos... Porque en todos los ámbitos, el amor consiste en la misma experiencia y no en experiencias diferentes. Esto crea interdependencia entre nosotros, sin anular nuestra libertad. Lo que sí es seguro es que si me abro a la comunicación de bienes, tanto para darlos como para recibirlos, iré enriqueciéndome con encuentros, hasta que llegue a la plenitud de la comunicación plena y definitiva con el Dios Amor, cuando “él sea todo en todos”. Si no acepto esta dinámica del amor corro el riesgo de frustrarme, no porque haya un ogro que quiere mi

condena, sino porque me faltó sabiduría par responder al ser que recibí de Dios que no me creó perfecto, terminado, sino que depositó en mí las posibilidades para que me pueda abrir a esa comunicación mutua que me permite ir realizado y creciendo en la vida.

Jesús es la revelación del Amor del Padre y de cómo las personas humanas hemos sido creadas a su imagen y semejanza para la comunicación mutua de bienes. Hizo la experiencia de esta comunicación de bienes en la vida trinitaria y en las relaciones humanas. Entregó su vida en la Cruz de una manera total, para salvarnos y recibió la plenitud de la vida en la resurrección por el Espíritu del Padre. No consideró un privilegio el ser igual a Dios y se hizo uno de nosotros, Pasó por el mundo haciendo el bien a todos. Pero él mismo acepto los bienes que le comunicaban María y José en las relaciones de la familia de Nazaret; era conocido como el hijo del carpintero, algo de José había en él; aceptaba ser recibido en casa de Pedro, de Marta y María, de Zaqueo, de Simón el fariseo, porque *“no tenía donde reposar la cabeza”*. Aceptó los dones de *“las mujeres que lo seguían y lo servían con sus bienes”*. Aceptó ser invitado a una boda en Caná, aceptó que tanto la pecadora como María le ungieran con perfumes caros, aceptó la ayuda de Simón de Cirene para llevar la cruz. Aceptó el vinagre cuando tenía sed en la cruz. Así nos reveló que el Padre lo amaba desde siempre y que algunas personas con las que se encontró, y a las que les entregó todo, le comunicaran sus bienes para aliviar la dureza de la vida humana.

Jesús, con su vida, pasión, muerte y Resurrección restauró nuestra imagen y semejanza con el Creador, deteriorada por el pecado y nos comunicó el Espíritu Santo para que podamos vivir en el Amor, en el que fuimos creados y al que estamos destinados. Esta es la *“ley interna del amor, que el Espíritu Santo tiene por costumbre derramar en nuestros corazones”* para que podamos vivir con plenitud en ese movimiento de Amor en el que estamos inmersos desde que fuimos engendrados y que humaniza una sociedad que en su dinámica nos lleva a pensar cada uno en sí mismo.